

# *La historia como laberinto*

Mauricio Molina



Ciertamente *El año del laberinto* atrapa al lector dentro de los nudos de la Gran Historia, con sus grandes hombres y sus grandes fechas, con los nombres conocidos con sus apodos olvidados. Se tiene la sensación extraña de recorrer las calles josefinas como si de pronto fueran otras las gentes, vestidas a la usanza de fines del siglo XIX. Nos ata a ese pasado nuestra curiosa costumbre de ubicar las direcciones a partir de lugares que ya no existen (de la antigua casa de los Mederoscientas varas al norte y cien al oeste). De modo que el libro de Tatiana Lobo tiene la virtud de acercarnos a la historia, la gran Historia, e incluso de recordar a esta frágil memoria nuestra hechos que a la larga modificaron el devenir de América (Nuestra América, diría Martí) tales como la presencia en Costa Rica de cubanos involucrados en la lucha contra el colonialismo español. Podríamos entonces enredarnos en discusiones sobre la novela histórica y su papel dentro de la literatura costarricense. Sin embargo, considero que la historia que fluye con más ímpetu en esta excelente novela es de una naturaleza distinta, es otra historia: la pequeña, la que no encuentra redención en los textos especializados. Se trata de una historia donde los personajes suelen ser anónimos que reclaman por un nombre.

Así como flotan los cuerpos y las cosas en el espacio físico, los nombres flotan en el tiempo de la novela. Los personajes de *El año del laberinto* son poseedores de la concretitud de la piel pero carecen de un nombre fuera del mundo de la novela. El papel de la escritura es

precisamente el de rescatar esos nombres desprendidos de sus cuerpos. *El año del laberinto*, en este intento por aproximarse a la crónica de la historia perdida en el laberinto del olvido, fija su atención en la voz y los hechos de mujeres que han sido desterradas de la Historia grande.

En primer lugar, Sofía Medero, una mujer acomodada de la colonia cubana, es precisamente quien recobra su nombre en las páginas de la novela a la vez que pierde su corporalidad. Asesinada brutalmente en su casa, la palabra de Sofía transcurre después de la muerte, por las páginas de la novela. A la negación que significa el asesinato de Sofía antecede una negación más larga. Fue silenciada en vida para luego ser silenciada definitivamente, su asesinato aparece como el acto que simboliza toda su vida. Irónicamente, recién conoce su cuerpo cuando lo ve muerto. Sofía es el espectro que escuchamos en susurros y miramos en sombras. Esta dialéctica entre la presencia y la ausencia de la mujer, entre el silencio y el monólogo, encuentra antecedentes claros dentro de la narrativa centroamericana escrita por mujeres (pensemos en la *Ruta de su evasión* de Yolanda Oreamuno y *La Mujer habitada* de Gioconda Belli) pero adquiere en la novela de Tatiana Lobo una dimensión totalmente nueva, se trata del silencio hecho historia.

En nuestra historia el cuerpo ha sido negado de muchas formas: en forma de tortura, en la negación de la sexualidad femenina, en la negación de la palabra que también es cuerpo. La novela de Tatiana Lobo tiene la virtud de entregarnos la historia nuevamente como un todo orgánico, de reconciliar lo macro-histórico con lo micro-histórico, la voz con el tiempo. A la par del viaje sin rumbo de María, la cocinera de los Medero, aparece la huida del socialista Felix Arcadio Montero vestido con las prendas de Sofía; junto a la supuesta cruzada moral del presidente Yglesias y al confinamiento de las putas en Talamanca (con el oscuro objetivo de entretener los banales de Minor Keith) encontramos el destino de la Jarroelata, la Garza, la Machetes; frente a los conflictos entre liberales y conservadores aparece la bruma en el corazón de Martín Camacho. Todo este complejo mosaico, donde no faltan la sospecha de conspiraciones, se va armando como un gran artículo periodístico bajo la pluma y la mente de Pío Víquez.



La ilusión de una Historia lineal, de un progreso sin retorno hacia estadios que se van superando continuamente ha sido cuestionada desde diversas posiciones, citemos tan solo la obra de Spengler, *La decadencia de occidente*. Tatiana Lobo nos propone aquí la historia como laberinto, un laberinto del que surgen fantasmas que a penas murmuran, relegados a los rincones más oscuros, sombras que han sido reducidas a la invisibilidad. Por que es precisamente aquella noción lineal, aquella máquina del progreso la que necesita devorar el tiempo y borrar sus huellas. Joseph Conrad relató magistralmente en *Corazón de las tinieblas* el rostro oscuro del progreso, aquel progreso que se construye con la sangre y los cuerpos mutilados de sus víctimas sin nombre. Tatiana Lobo se apropia de una frase de este autor para decirnos que mujeres como Sofía, desaparecen sin rastro, sepultadas bajo la inmensa indiferencia de la Historia.